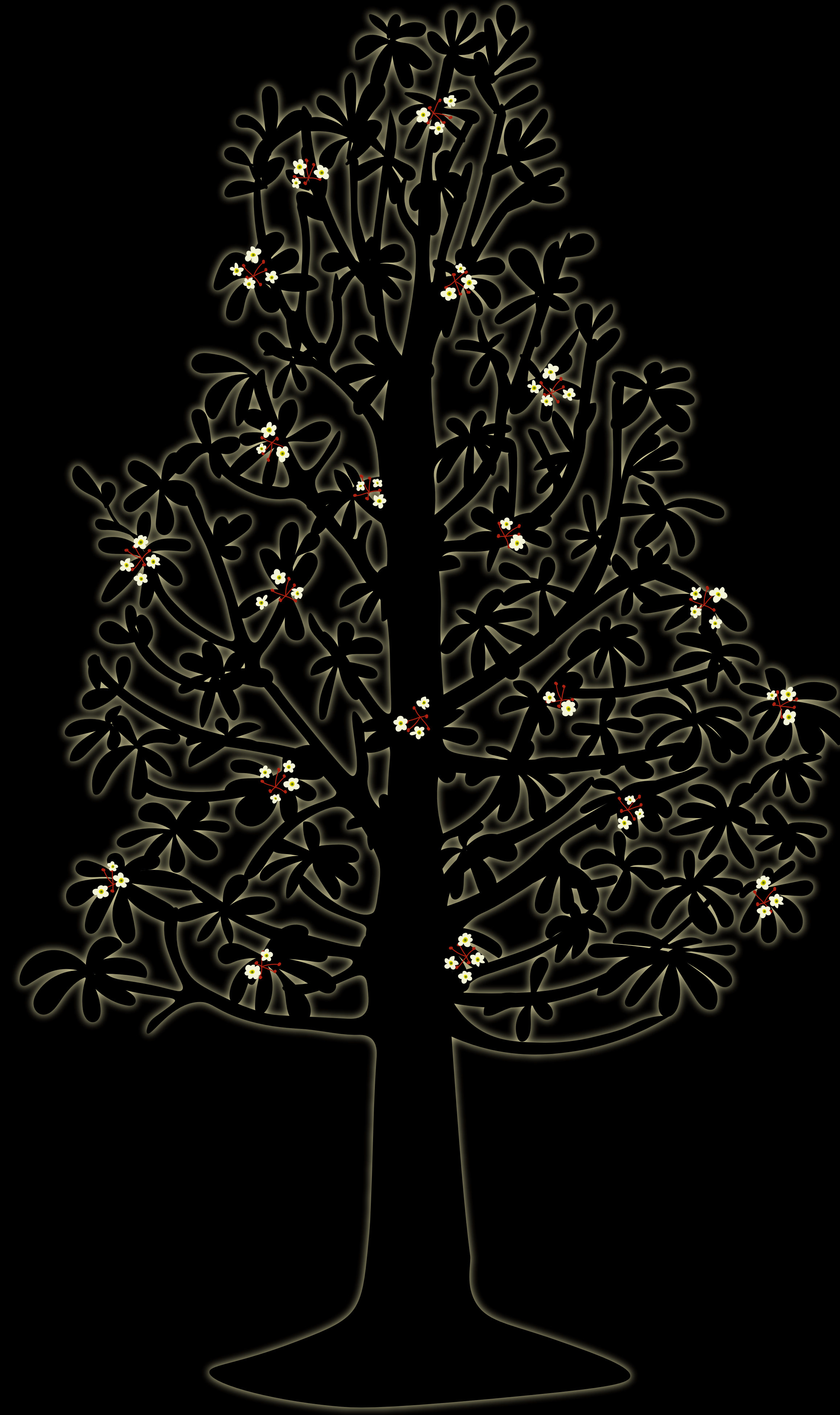


Cuando el sol se apagó



Kuyen notó que el sol tiritaba como cuando alguien parpadea por una basurita en el ojo. Cosa extraña, vive en un pueblo sin problemas con el sol. Sabía la hora en que oscurecía, pero oscureció como si no faltara nada para la noche.

Mamá se fue a dormir, menos Kuyen.



Apenas ve sus manos y sale al patio a buscar la luna. Las plantas, árboles y flores perdidos, están acostumbrados al sol. La oscuridad de su patio parece un bosque, y arriba de un bosque siempre hay estrellas, pero hoy no ve ninguna.

Un canelo con su rocío alumbra en el patio.



En el canelo ve un camino de hormigas. La puerta es del tamaño de un alfiler. Kuyen cierra un ojo y con el otro mira en el agujero y ve el interior de una ciudad. Hay pasos peatonales, veredas y caminos. Entra una hormiga y salen tres.

Hay luces prendidas en el laberinto de las hormigas.

Al lado del gran canelo abre un macetero como quien abre una puerta. Y los chanchitos de tierra se vuelven ruedas, pelotas y relojes. Están acostumbrados a la oscuridad, pero no al movimiento de su casa hacia el exterior.

No todo es luz.



Bajo el frío del pehuén brillante se le eriza la piel. El frío se resiente en el chaleco, en el lenguaje de plantas y en la bulla de los insectos.

Al cerrar la puerta, el concierto del patio termina.

Una casa con luces apagadas permanece.



Tiene que hacer lo que haría un día cualquiera. En el espejo ve su apenas silueta. No sabe de qué color luce su sonrisa, ni el color de sus dedos.

Sus dientes tienen su propio brillo.

La limpieza no tiene color.

Ella brilla con una luz distinta.

Se acaban las ganas de descubrir las cosas sin destello, en la cama buscaría luz en los sueños.

Los perros aúllan avisando la noche. Gatos pelean en el techo. Un gallo transmite su propio amanecer.

La cueva del conejo tiene el mismo color de sus ojos cerrados. Comparten la suavidad de una casa.



De un momento a otro despertó.

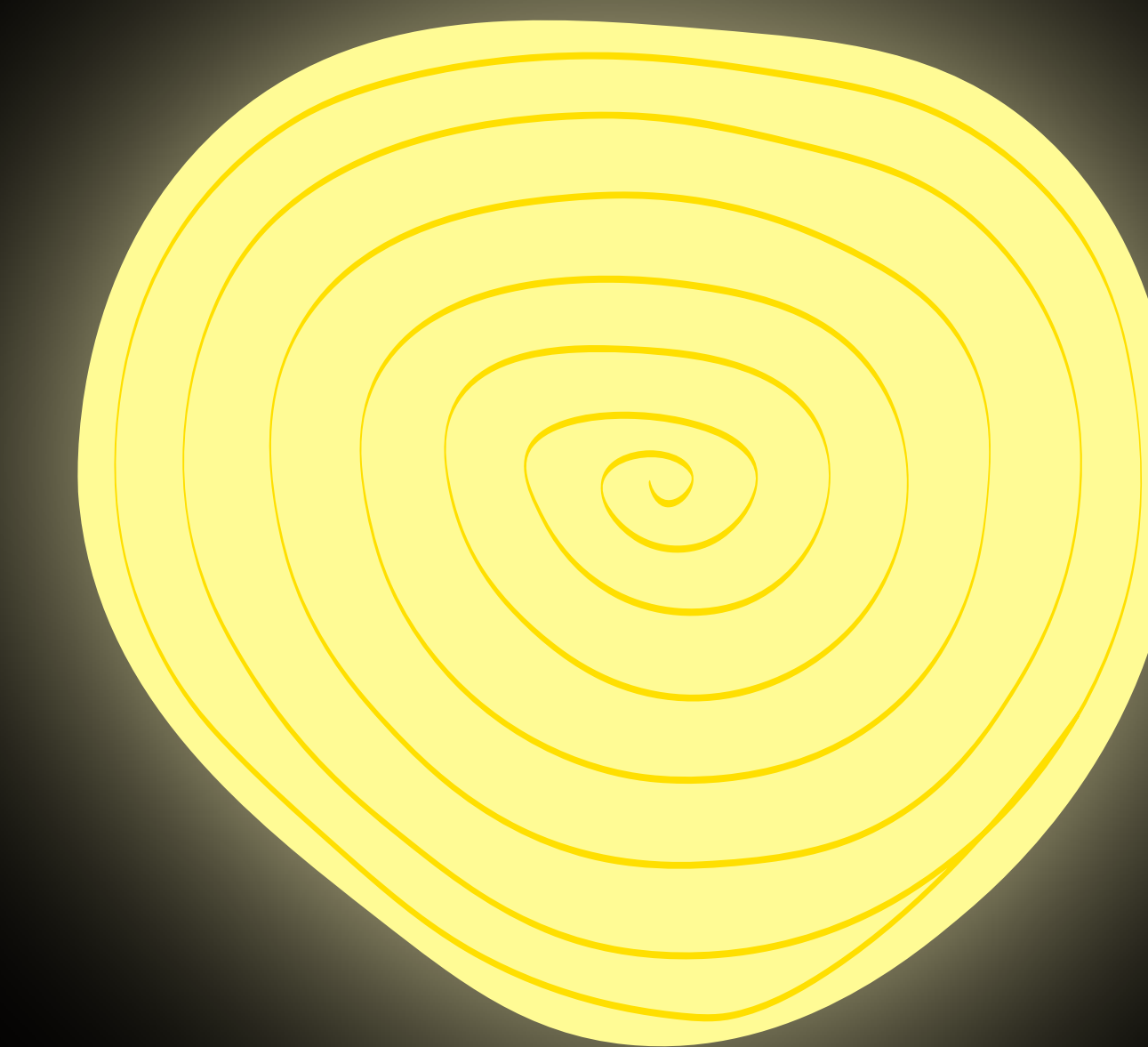
Mamá estaba en la puerta.

Y tras la ventana todo lo que estaba oscuro tenía el color de antes.

Sabe que la oscuridad nunca es total, ni la luz eterna.

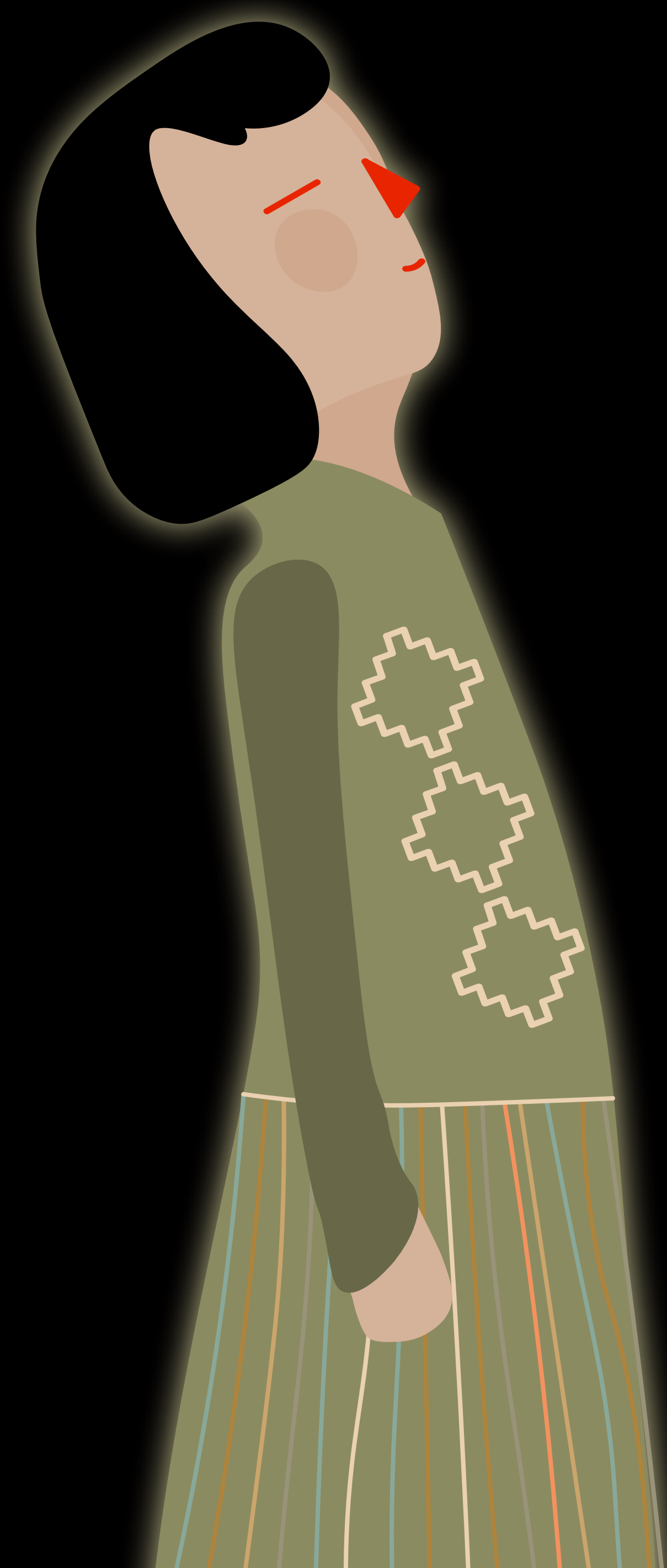
Menos para una niña que encuentra luz en sus sueños.


No tendrá miedo.



Kuyen notó que el sol tiritaba como cuando alguien parpadea por una basurita en el ojo. Cosa extraña, vive en un pueblo sin problemas con el sol. Sabía la hora en que oscurecía, pero oscureció como si no faltara nada para la noche.

Mamá se fue a dormir, menos Kuyen.



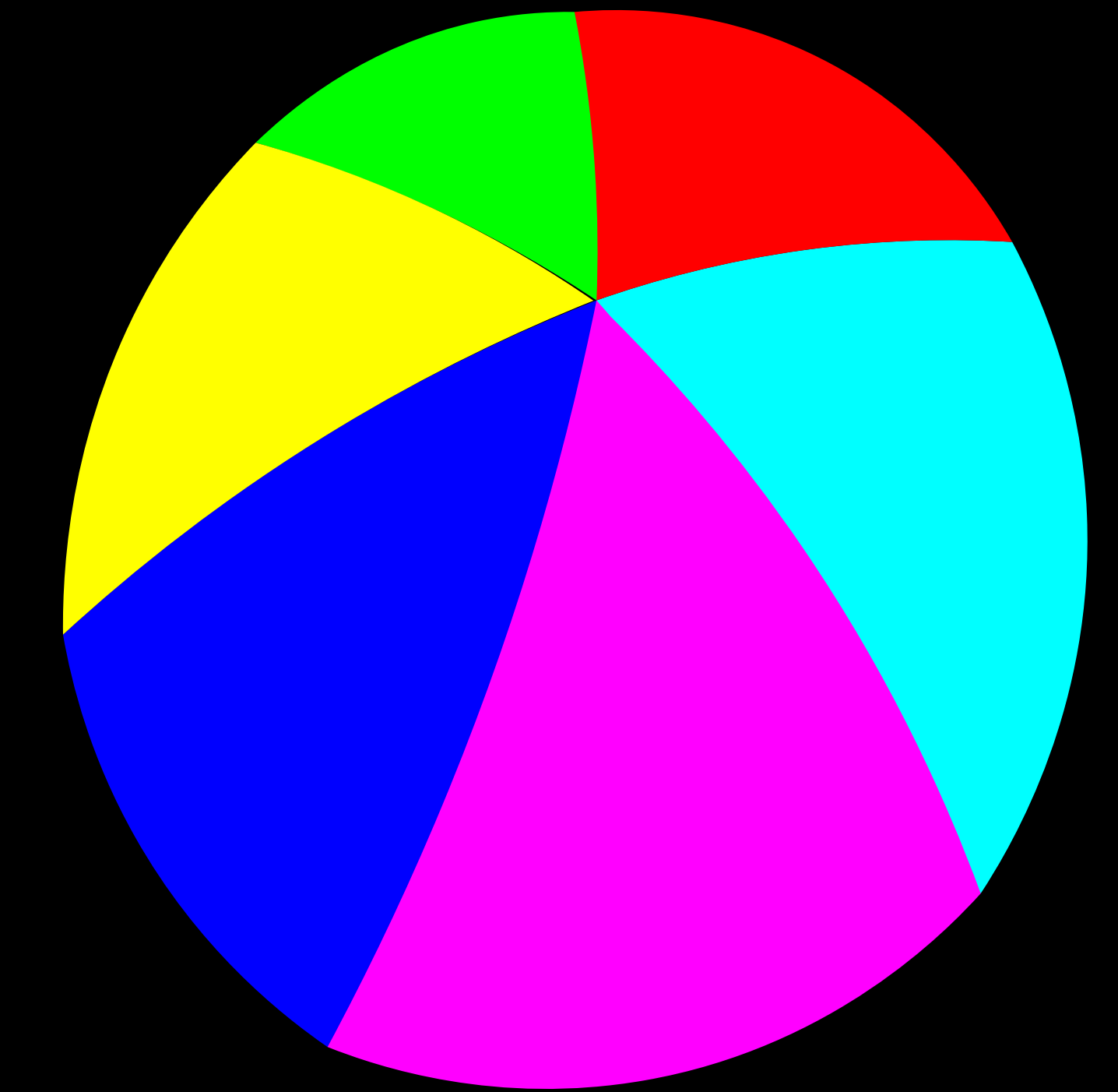
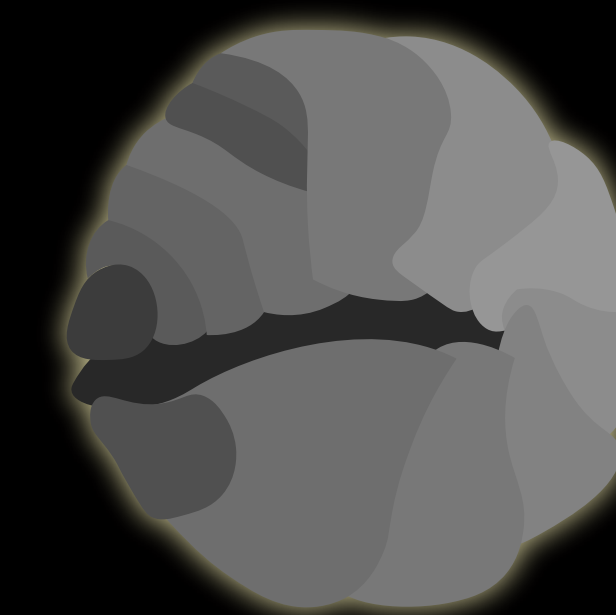


Apenas ve sus manos
y sale al patio a buscar la luna
Las plantas, árboles y flores perdidos
están acostumbrados al sol.
La oscuridad de su patio
parece un bosque,
y arriba de un bosque siempre hay estrellas
pero hoy no ve ninguna.
Un canelo con su rocío alumbra en el patio.



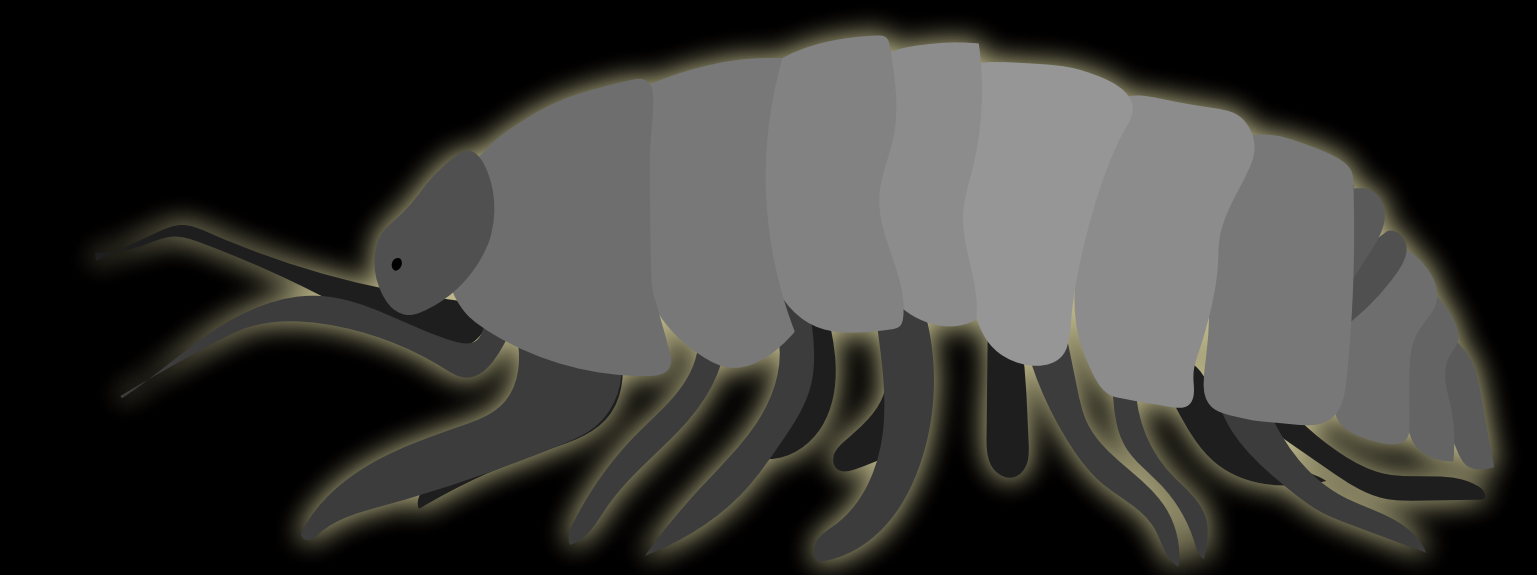
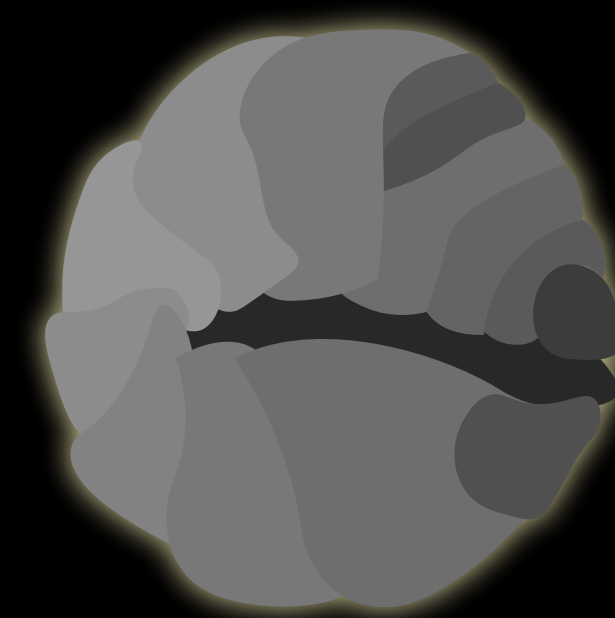
En el canelo ve un camino de hormigas. La puerta es del tamaño de un alfiler. Kuyen cierra un ojo y con el otro mira en el agujero y ve el interior de una ciudad. Hay pasos peatonales, veredas y caminos. Entra una hormiga y salen tres.

Hay luces prendidas en el laberinto de las hormigas.



Al lado del gran canelo abre un macetero como quien abre una puerta. Y los chanchitos de tierra se vuelven ruedas, pelotas y relojes. Están acostumbrados a la oscuridad, pero no al movimiento de su casa hacia el exterior.

No todo es luz.

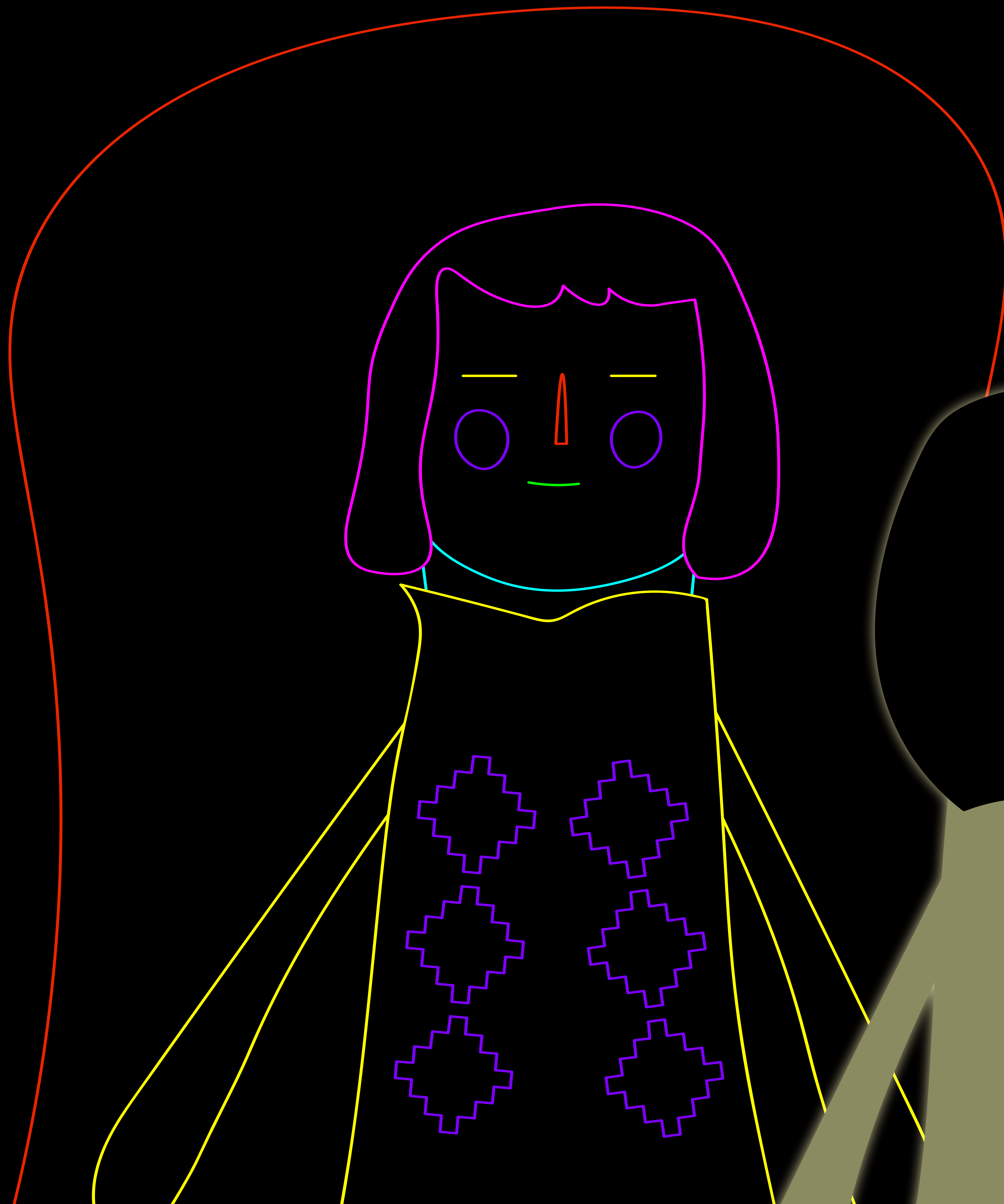


Bajo el frío del pehuén brillante se le eriza la piel.
El frío se resiente en el chaleco, en el lenguaje de plantas
y en la bulla de los insectos.

Al cerrar la puerta, el concierto del patio termina.

Una casa con luces apagadas permanece.





Tiene que hacer lo que haría un día cualquiera.
En el espejo ve su apenas silueta. No sabe de qué color
luz su sonrisa, ni el color de sus dedos.

Sus dientes tienen su propio brillo.

La limpieza no tiene color.

Ella brilla con una luz distinta.

Se acaban las ganas de descubrir las cosas sin destello,
en la cama buscaría luz en los sueños.

Los perros aúllan avisando la noche.

Gatos pelean en el techo.

Un gallo transmite su propio amanecer.

La cueva del conejo tiene el mismo color
de sus ojos cerrados.

Comparten la suavidad de una casa.



De un momento a otro despertó.
Mamá estaba en la puerta.
Y tras la ventana todo lo que estaba oscuro tenía el color de antes.
Sabe que la oscuridad nunca es total, ni la luz eterna.
Menos para una niña que encuentra luz en sus sueños.
No tendrá miedo.

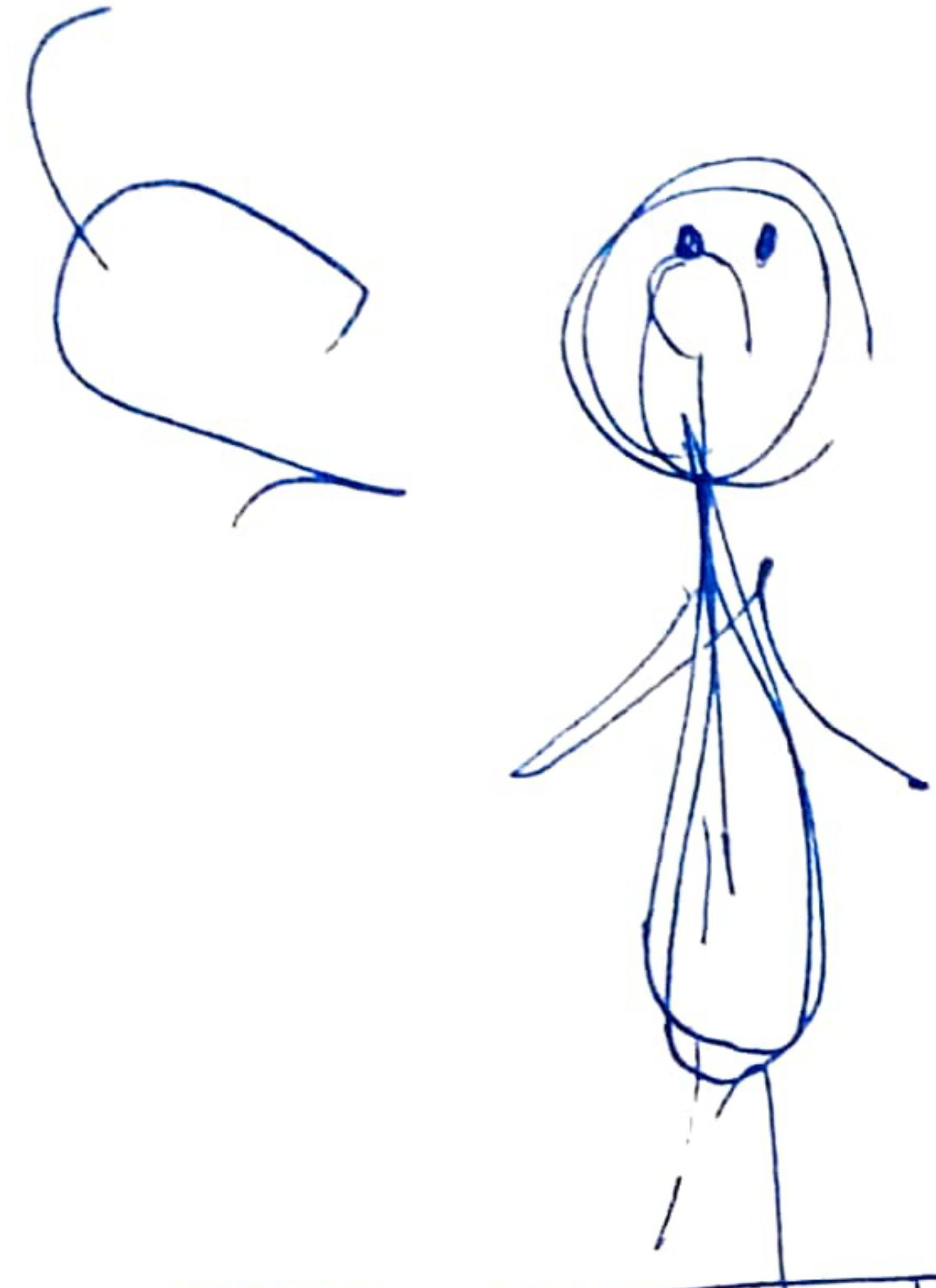
STORYBOARD

Técnica: ilustración digital

Programa: Adobe Illustrator

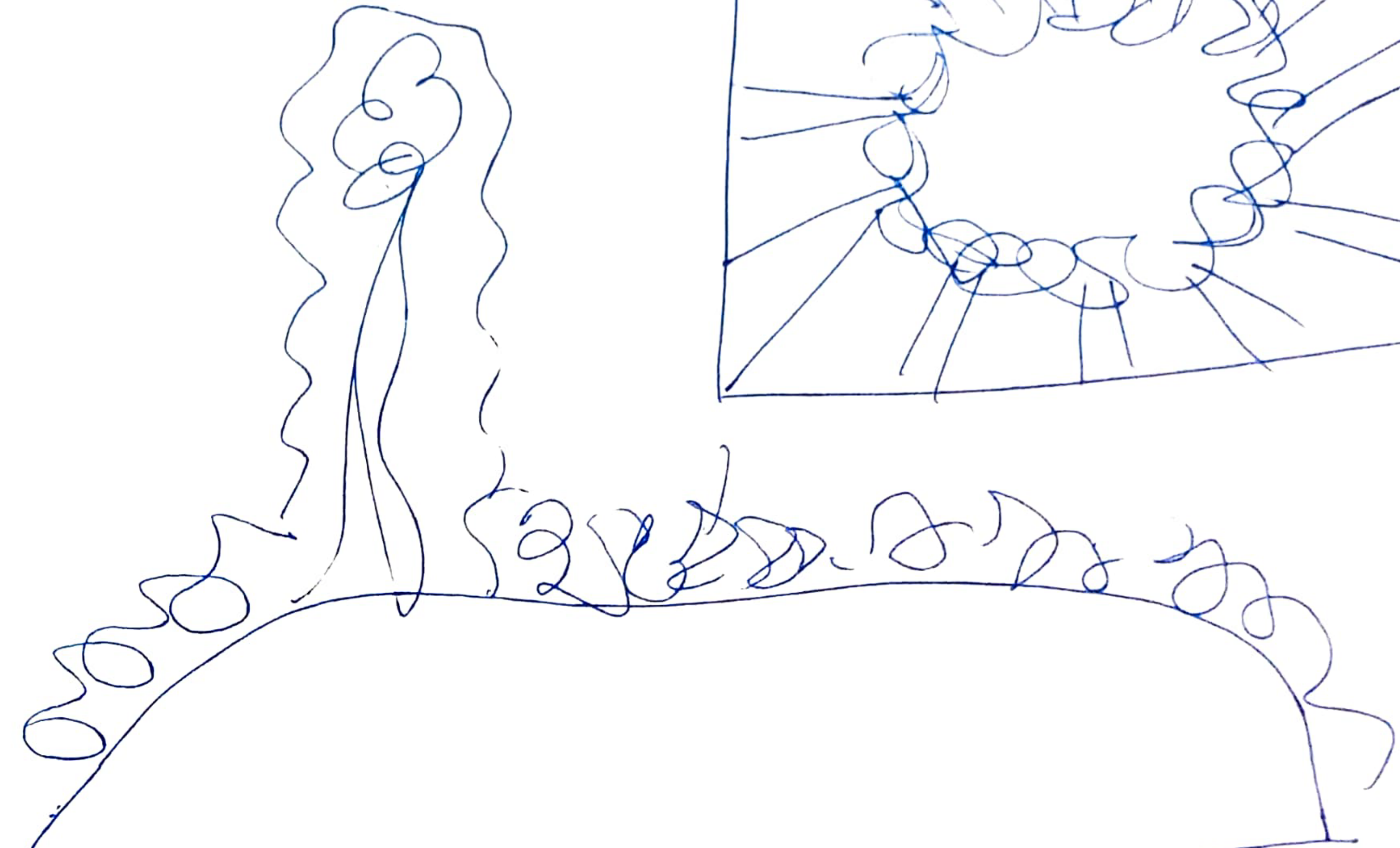
Herramienta de apoyo: tableta gráfica Wacom

José Ferrade



②

FINO
DAS-ACAO

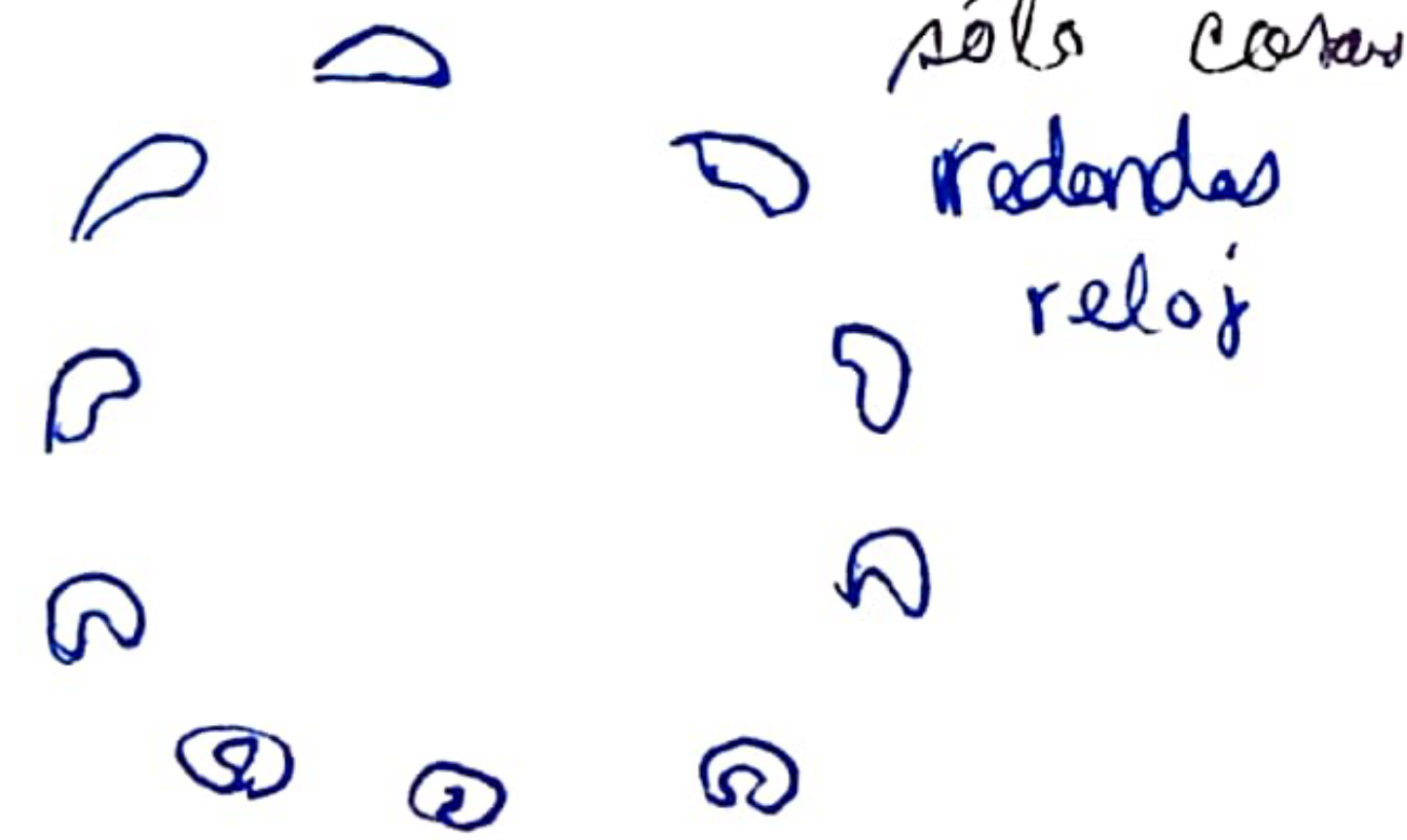


①



③

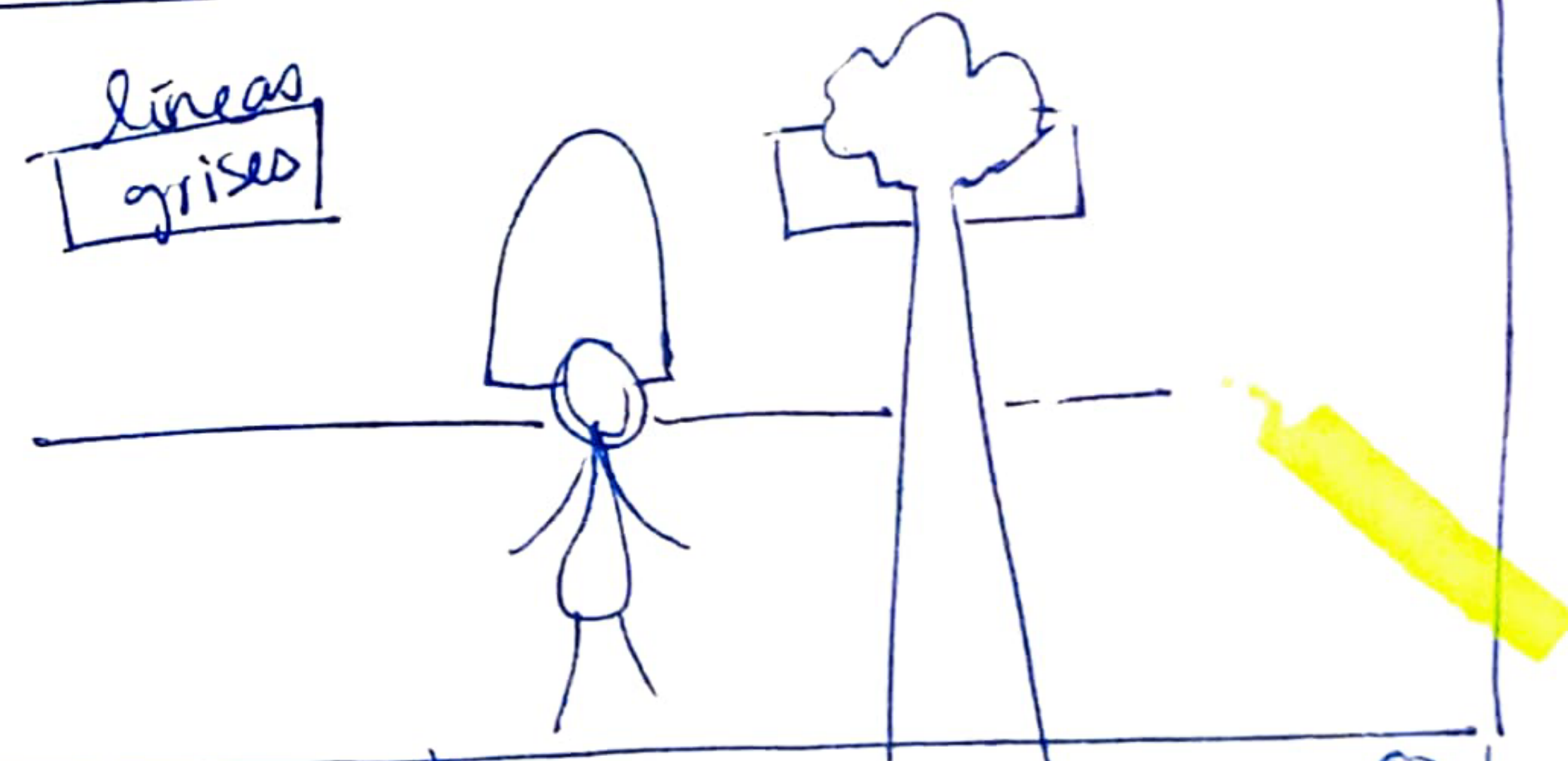
④



sóls coras
redondas
reloj

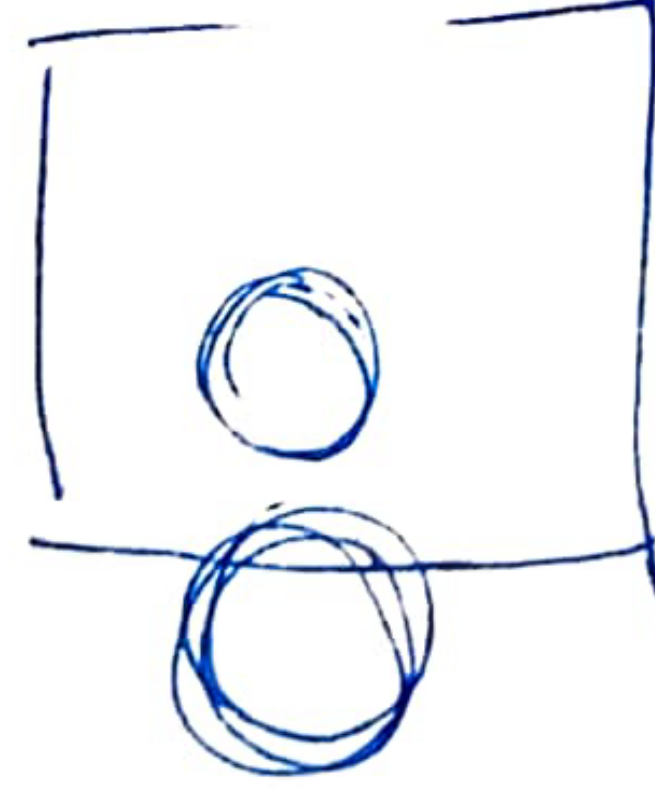
⑤

líneas
grises



⑥

siluetas
en el
espejo

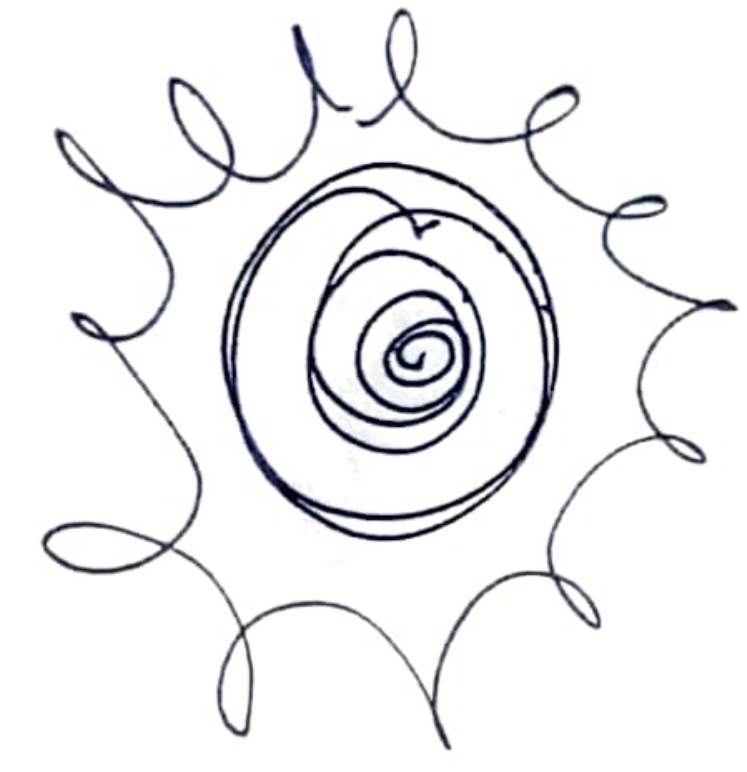


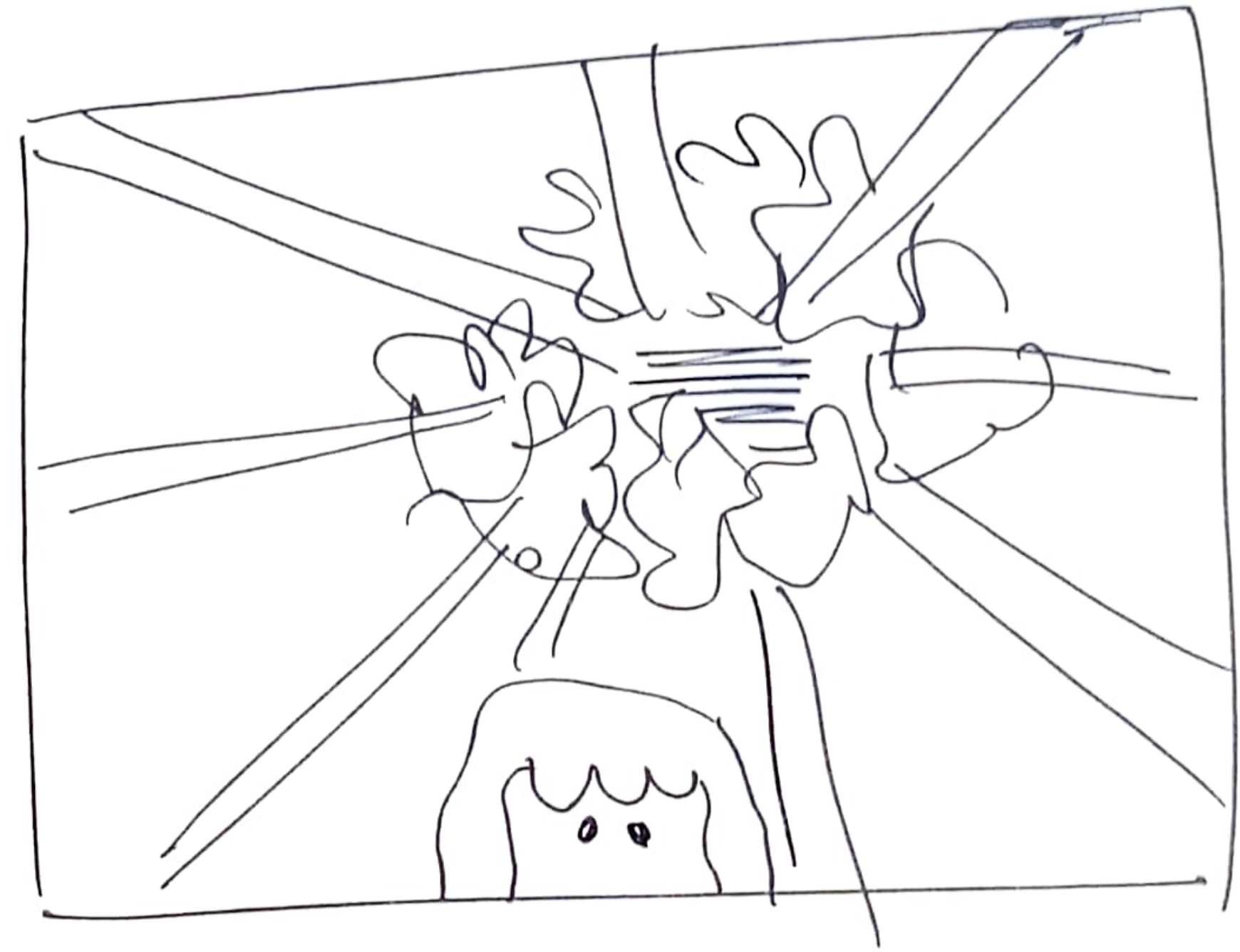
⑦

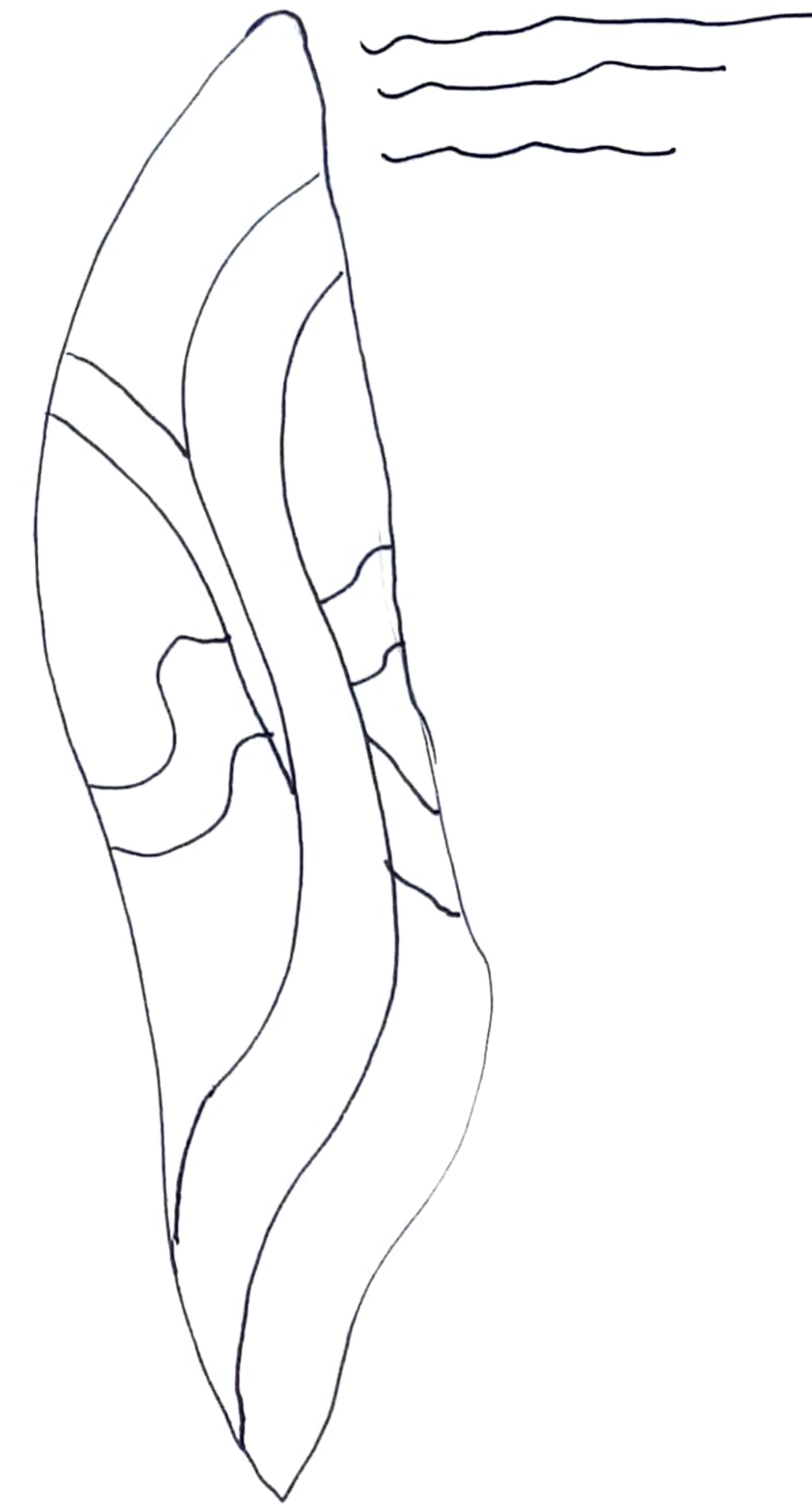
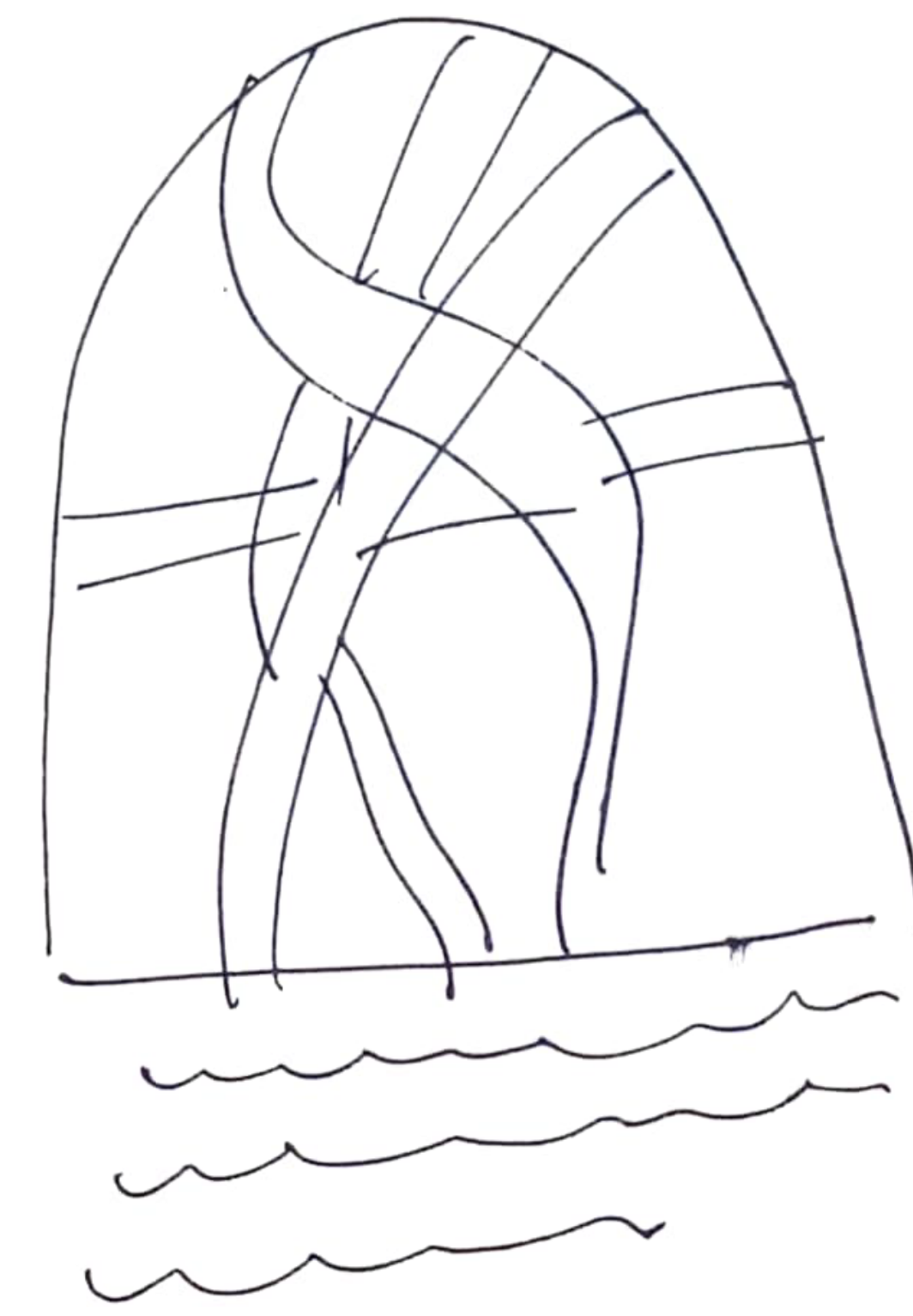
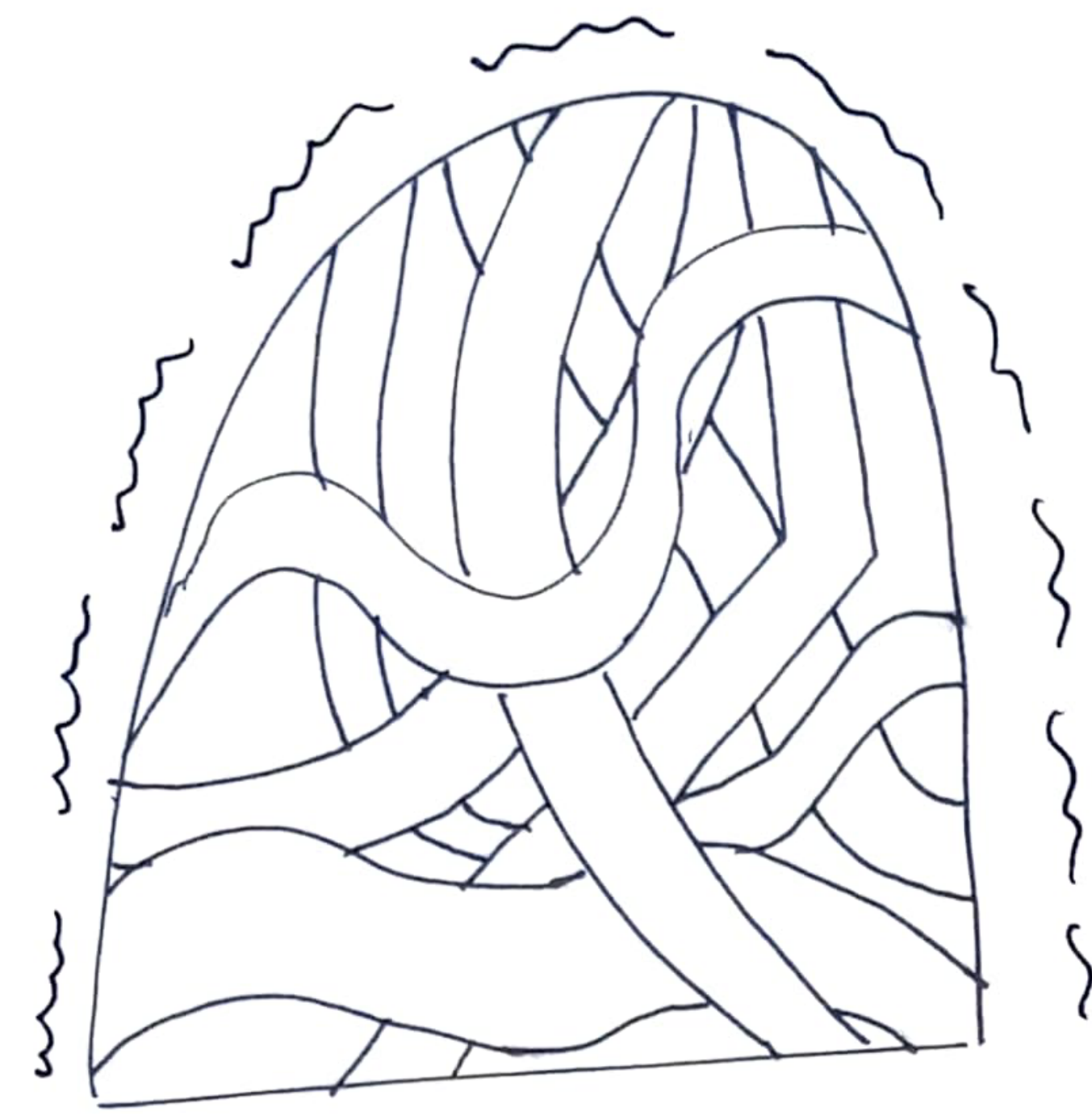
FINAL
COLORIDO

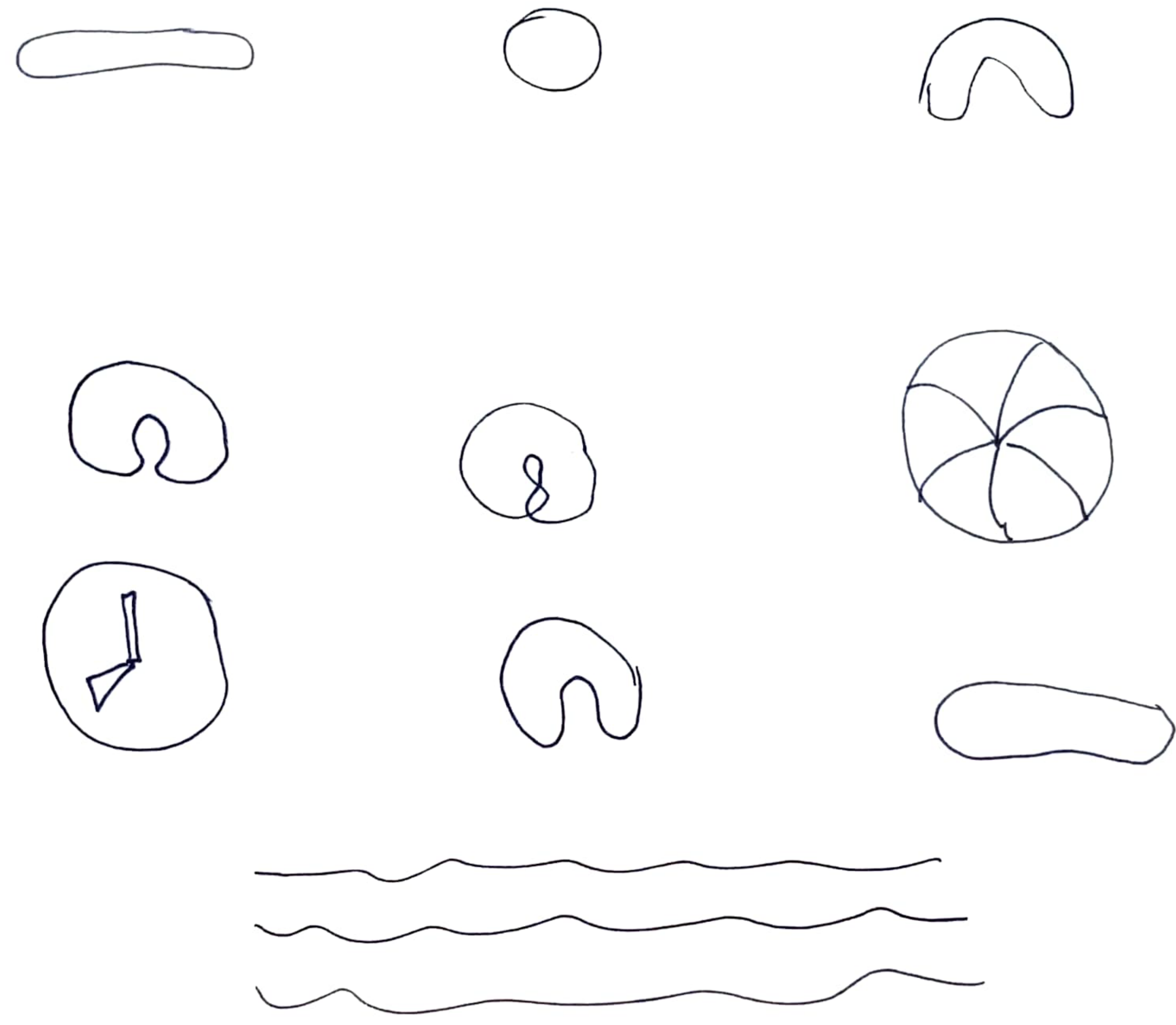


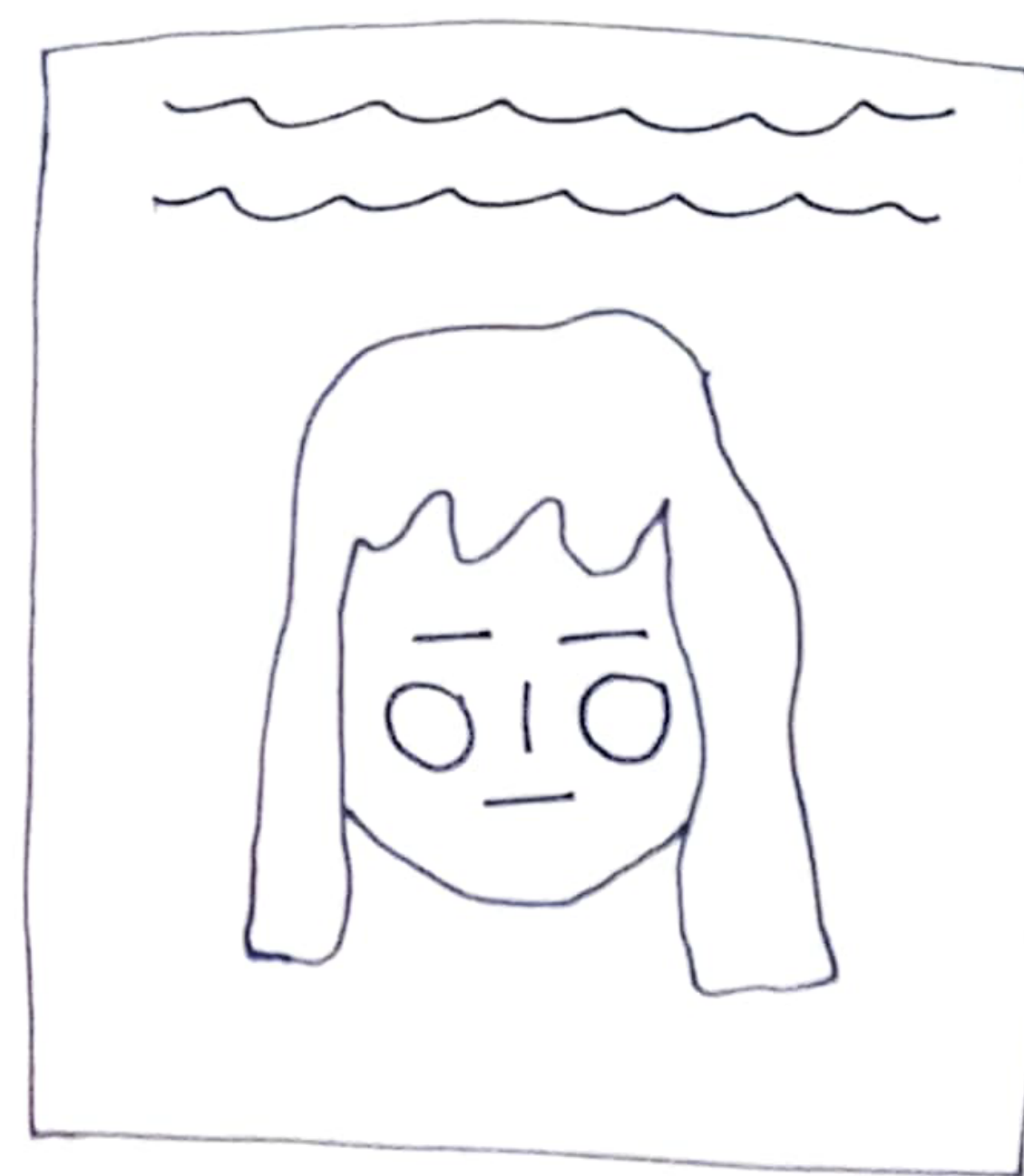
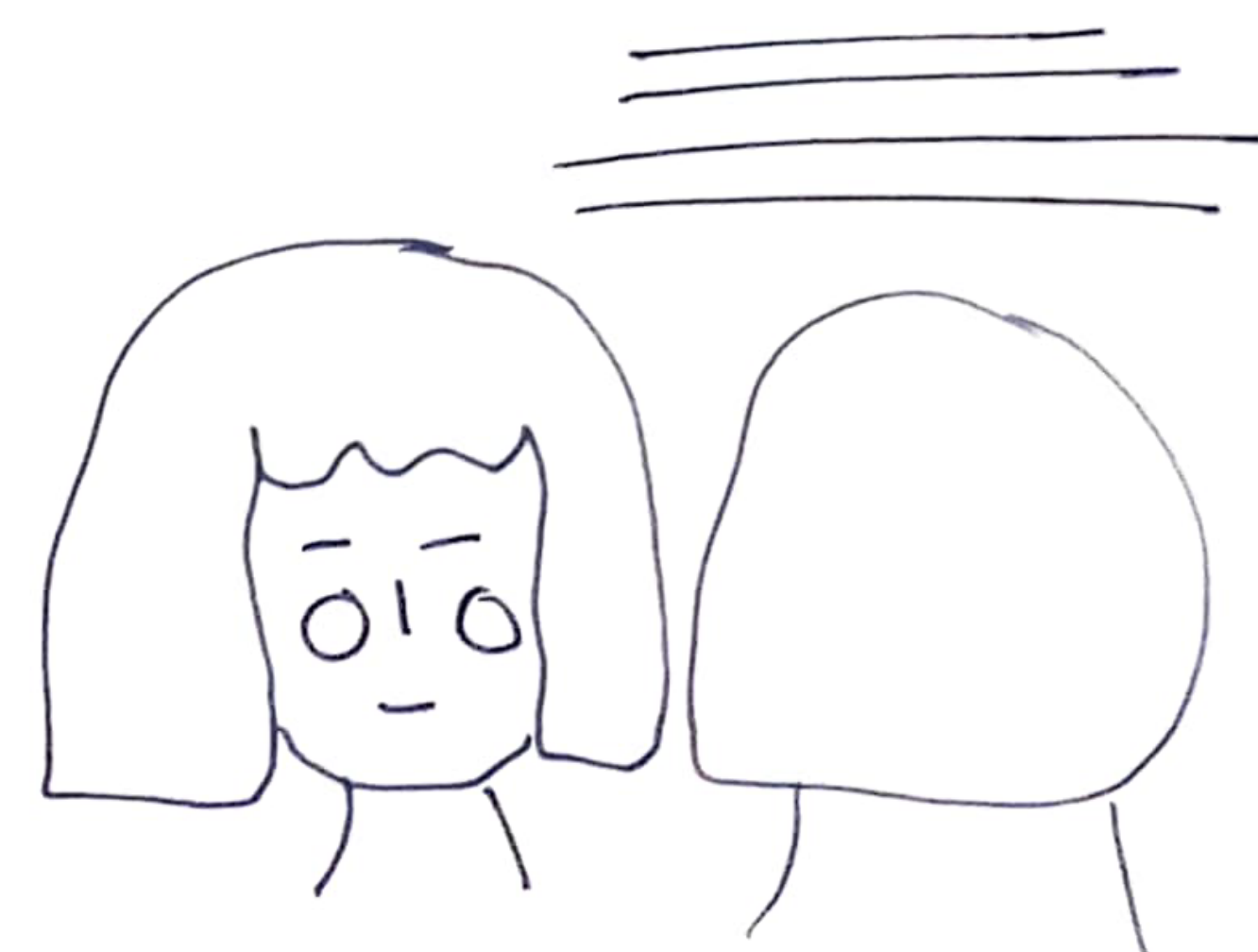
⑧











Cuento: Cristian Leal Durán
Venettia 3090
Recoleta
hualacancristian@gmail.com
+56 9 5113 2354

Ilustraciones: Fernanda Manrique
Guillermo Mann 782, A depto. 41
Ñuñoa
ferci.manrique@gmail.com
+56 9 4887 1792